

Prólogo. La obra de Vicente de Amézaga (1901-1969)

In: Amezaga, Vicente de: *Obras Completas de Vicente de Amézaga Aresti. El hombre vasco. Vol. I*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbo, 1979.

En un trabajo que acaba de publicarse acerca de la literatura vasca en el exilio¹ he querido ampliar la dimensión que se da usualmente al término diciendo que en las circunstancias de los vascos no ha estado exilado sólo el hombre, en este caso el escritor, sino que también ha estado exilada la lengua.

Lengua prohibida y perseguida hasta el silencio de las inscripciones en los cementerios.

Porque la veda contra el hombre en su tierra durante cuarenta años interminables, lo que dura la vida madura de un hombre, ha sido aplicada en nuestro caso también a la lengua.

Una lengua prohibida en un País prohibido.

Pues Vicente de Amézaga es uno de estos vascos exilados fuera de su País² que ha escrito en la lengua prohibida.

Después de haberla aprendido trabajosamente por su cuenta, porque esta marginación que ha padecido el euskara, tan antigua como el viejo despotismo centralista, ha afectado también a este rincón de la margen derecha del Nervión donde nació y donde vivió Vicente de Amézaga hasta que lo aventó la guerra, como a tantos otros.

Y, como a muchos de ellos, para siempre.

El hombre

Vicente de Amézaga nació en Algorta (Getxo) el año 1901.

Se graduó de abogado en la Universidad de Valladolid; comenzó a escribir en la lengua tan bien que en los años veinte obtiene ya el premio de Euskal Esnalea con su traducción de *El Licenciado Vidriera*, de Cervantes. Esta obra de juventud tendría después brillante continuidad en la versión de una larga lista de obras difíciles del castellano, el francés, el latín y el griego; pero antes de realizar este trabajo durante un exilio que él no pudo sospechar, fue nombrado Juez municipal de Getxo con la República (1931) y Director General de Enseñanza en 1936, con el Estatuto de Autonomía.

¹ "El exilio en la literatura vasca: problemas y consecuencias". Martín de Ugalde. Parte del libro titulado: *El exilio Español de 1936*, vol. VI, Taurus, Madrid, 1978. Este volumen está dedicado a lo que se escribió en catalán, en euskara y en gallego durante el destierro de cuarenta años.

² Jorge Campos expresa muy justamente el drama de vivir exilado dentro del propio País en un trabajo que forma parte de la obra que acabamos de citar, y que él titula: "El otro exilio".

El destierro lo llevó primero a Francia, y después de azaroso viaje que compartió con un numeroso grupo de compatriotas, entre ellos Tellagorri, a Uruguay, donde fue profesor de euskara en el Instituto de Estudios Superiores, y de Cultura Vasca en la Universidad, ambos en su capital, en Montevideo.

Y llegó a Venezuela, donde le conocí, en 1955.

Y tuve la fortuna de merecer su amistad.

Entre otras cosas me enseñó a conocer al gran bardo vizcaino Kepa de Enbeita, acerca de cuya personalidad y su poética dio una memorable conferencia en el Centro Vasco de Caracas.³

Acaba de celebrarse el centenario del nacimiento de Enbeita.⁴

He recordado con emoción a Amézaga en el acto de clausura de los actos que se han organizado en Muxika hace unos meses, en setiembre del año pasado, porque si hubiera regresado del viejo exilio que ha sacrificado tantos vascos durante este último siglo y medio, hubiera estado sin duda en mi lugar.

Tenía Vicente de Amézaga un carácter alegre y optimista, fruto, diría yo, de una convicción providencialista; un hombre de creencias profundas que trabajaba incansablemente para sostenerlas con su conducta y una laboriosidad de probada disciplina intelectual.

No le fue fácil rehacer su vida en esta segunda etapa americana de Caracas, con hijos aún en edad escolar y universitaria. Pero sorteó los obstáculos con la dignidad de quien estima sobre todo los valores del pueblo vasco, y consiguió, no sólo permanecer fiel a las dos, sino sobresalir por la alta calidad de su entrega.

Es bien cierto que le acompañó la fidelidad tesonera, de equipo, de Mercedes Iribarren, su esposa.

Y la adhesión cariñosa y solidaria de sus hijos.

Aquí, en Caracas, continúa escribiendo en euskara y castellano.

Los libros de investigación que escribió como miembro de la Fundación John Boulton, una institución privada que está rindiendo un gran servicio a la cultura de Venezuela, constituyen obras importantes de la bibliografía histórica de Venezuela.

En el campo de su pulcritud profesional tuvo testigos tan valiosos como Pedro Grases, un prestigioso intelectual catalán que ha servido a Venezuela con un talento y una devoción que le han hecho acreedor al premio de altos reconocimientos oficiales, y quien señala en su introducción a uno de los libros de Amézaga (*Hombres de la Compañía Guipuzcoana*) la responsable acuciosidad con que el vasco se ha servido de los fondos manuscritos conservados en el Archivo General de la Nación, en Caracas, "llevado por el amoroso encandilamiento de rehacer la huella histórica que algunos de sus compatriotas del siglo XVIII dejaron en Venezuela".

Y añade que va trazando con mano certera, "con imparcialidad y espíritu de justicia los testimonios que se conservan" de sus compatriotas de hace doscientos años.

Esta es la lealtad con su gente fue un marcado rasgo de su carácter.

³ *El hombre vasco*. Vicente de Amézaga. Ekin. Buenos Aires, 1967.

⁴ "Ante el centenario de su nacimiento: Vida, canto y muerte de Kepa de Enbeita". Martín de Ugalde, *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos* nº 14. Buenos Aires. Julio-Setiembre, 1978.

También hace notar Pedro Grases su capacidad creadora al señalar "como rasgo peculiar en el trabajo rendido por Amézaga, cierto aire poético en el trato de las biografías que componen el libro".

Trabajó como lo hace un vasco (y también un catalán, la prueba es Grases, y es Vila, es Pi Sunyer, es Pérez Vila, y son cientos) a la manera de un americano más; sin que esto quite que muchas veces con la ilusión de regresar algún día a su pueblo de origen.

Que generalmente se trunca.

Hay estas condenas a muerte inexorables del destierro que resultan angustiosas. Como ha dicho la escritora Cecilia G. de Guilarte en la ocasión de referirse a otro condenado a suerte así, y curiosamente del mismo pueblo que Amézaga, y colaborador suyo de juventud para hacer *El Gobela* de las inquietudes literarias juntos, el escritor Tellagorri: han ido muriendo, no minados por la enfermedad, sino abatidos por el tirano que con certera puntería los ha ido matando de nostalgia.⁵

Pues en el terreno de esta nostalgia solía hacer bromas Amézaga de esa artera capacidad de hacer durar su tiranía que tenía Franco, aureolado con las mentirosas protecciones de gracia divina que se atribuía el Dictador, diciendo que lo único que le faltaba era que resultase inmortal.

Y así resultó.

Porque para él, lo fue.

Cuando Amézaga le afectó el mal que el escritor intuyó incurable, debió pensar dolorosamente en estos insondables de la Providencia. Recuerdo el tono con que pocas horas antes de la operación me dijo que ya no podría realizar el sueño de regresar a Euzkadi.

Que era para más trabajos, para los mil proyectos que desarrollar en el País.

Lo despedimos en silencio en el Cementerio General del Sur de Caracas, donde le esperaban otros muchos vascos que habían ido cayendo bajo la implacable puntería de un hombre pequeño que había dedicado su vida a sostener guerras prendidas por otros en Africa y a prender la suya propia, obra maestra, con la luz blanca en esos sus ojos de un frío implacable y exterminador.

Por eso que ya pocos lo recuerdan sin odio, o al menos sin amarga hostilidad.

En cambio, las víctimas como Amézaga regresan a la conciencia colectiva con los primeros pasos, aunque todavía muy escasos, por desgracia, que se están dando hacia la libertad responsable.

Cortos y pocos, pero aquí están para alumbrar el retorno de su exilio.

Su obra

Amézaga es uno de los que han tenido el valor de aceptar el reto de los que han venido negando al euskara la capacidad de expresar la complejidad temática y la hondura espiritual que distingue a las obras literarias escritas en otras lenguas y han quedado como peldaños de la humanidad.

Obras que hoy reconocemos como universales.

⁵ Introducción de *Antón Sukalde* (novela), Tellagorri. Ediciones Vascas, 1978.

Aquí, en este frente de la cultura vasca están entre otros que han rendido este fruto en su exilio americano: "Orixe", Jokin Zaitegi, Andima Ibiñagabeitia y Bingen (Vicente Amézaga).

Son de Amézaga las traducciones de Cervantes (*El licenciado Vidriera*), Oscar Wilde (*The Ballad of Reading Gaol*), Esquilo (*Prometeo encadenado*), Cicerón (*La amistad*), Plinio (*Vejez*), Goethe (*Lur miña*), Shakespeare (*Hamlet*, publicado, y *Macbeth* y *Julio César* sin publicar), Descartes (*Discours de la méthode*), y otras de Boccacio, Pío Baroja, Iturralde y Suit ("El ruiseñor de Basauri") y Juan Ramón Jiménez (*Platero y yo*).

Han quedado otras inéditas que va a publicarse aquí por primera vez ahora, entre ellas la célebre obra del poeta persa Omar Khayyam (*Omar Khayyam-en bertsoak*).

Pero no ha sido sólo esta difícil y exigente labor de traducción la única realizada en su lengua, puesto que tiene obra propia, tanto en prosa como en verso. Alguna ha sido publicada, otra queda aún inédita. Amézaga era sobre todo un poeta, y un poeta que, desgraciadamente, no tuvo tiempo sosegado para escribir lo que quería. Entre estas obras inéditas mencionaremos sólo alguna, como su "Homenaje a Enbeita", algunas dedicadas a Getxo, y "Arzubiko bertegiari kantua".

También está sin publicar una traducción que hizo del euskara al castellano, una de las pocas que hizo en esta dirección, pero importante, porque se trata de la versión completa de la obra fundamental de "Orixe": *Euskaldunak*.

Premio a esta labor en lengua vasca fue su nombramiento como miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua Vasca - *Euskaltzaindia*, que recibió con gran satisfacción en Caracas.

En cuanto a su dedicación vasca y venezolana, mencionaremos, además del libro ya citado sobre los hombres de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, las siguientes: Jesús Muñoz Tébar (1965), escrita en colaboración con el Dr. Edgar Pardo Stolk; *Vicente Antonio de Icuza, comandante de Corsarios* (1967); *El General Juan Uslar* (1966); *El elemento vasco en el siglo XVIII venezolano* (1967), y *El hombre vasco* (1967), editado éste por Ekin, en Buenos Aires.

Esta impresionante obra en euskara y castellano que ha sido fruto de la vasta cultura y la disciplina intelectual de Vicente de Amézaga debiera ser reeditada en su totalidad, porque merece regresar a su tierra en la plenitud de su obra, que es parte importante del espíritu del pueblo a cuyo servicio ha dedicado su vida.